

marca se hallan en frente de la América del Norte, y de la del Sur la España, y Holanda en frente de las Indias Occidentales. La Francia está predestinada por la Providencia para guiar los ejércitos cristianos á Levante, para dar á la cristiandad los Godofredos, los Balduinos y especialmente los San Luis que invaden el Africa, situada en frente de ella; para destruir aquellos nidos de piratas, y para atacar á Egipto; se halla este país muy bien situado; no carece de hombres ni de dinero para enseñorearse de esta comarca mal armada... Véase un medio de adquirir eterna gloria, conciencia tranquila, universales aplausos, victoria segura, inmensas ventajas. Entonces se cumpliría aquel deseo del filósofo, reducido á que los hombres no hagan la guerra más que á los lobos y á las fieras, á quienes hasta ahora han podido ser comparados los bárbaros y los infieles.»

Leibnitz desarrolló tanto por escrito como de viva voz estos pensamientos; se dirigió á los príncipes y á los ministros, para inducirles á que apoyaran cerca del gran rey los consejos que debían halagar su ambición, y los medios de ejecución que se proponía; pero la política se ocupaba en pensar y ya no sentía; así Leibnitz oyó al ministro Pomponne darle por respuesta: *Tocante al proyecto de una guerra santa, bien sabéis que desde el tiempo de San Luis han cesado de estar en moda.*

De consiguiente, habremos de creer puesto que nuestros profundos políticos así lo quieren, que la duración de este inmoral poder es necesaria al bien de Europa. Si hemos traído á la memoria los ensueños de hombres de mente moral y grave, lo hemos hecho para demostrar que se debería reflexionar más de una vez en ello antes de calificar á las cruzadas de delirio de fanáticos é ignorantes.

CAPÍTULO IX

Consideraciones sobre las cruzadas.

Cuando se nos habla de la sangre prodigada en las cruzadas, no se entiende, sin duda, ponerla en comparación con los torrentes de ella que derramaron los antiguos romanos, con toda la que corrió en las guerras dinásticas del siglo pasado para la sucesión de España y de Austria, ó en los veinticinco años que siguieron al de 1789. Pero ¿qué diferencia entre unas

guerras y otras! En las de los romanos se veía á una nación que, impulsada por sus jefes, iba á conquistar la patria de otros pueblos para hacerlos esclavos, ó avasallarlos á fin de imponerles las leyes y los usos de los vencedores. En las guerras modernas se vé á hombres á quienes se arranca por fuerza de sus hogares, para dar y recibir la muerte sin saber la causa. En las cruzadas toda la Europa se levanta como un sólo hombre, y corre en el ardor de un celo voluntario á emancipar á sus hermanos de un yugo que les oprime, y á salvar á los infieles del infierno y á adquirir una eterna recompensa.

No fué el concilio del Clermont el promotor de aquellas empresas, sino el efecto de la opinión pública; así como la Asamblea constituyente no fué la que produjo la revolución francesa, sino la que dió testimonio de que existía. Con efecto, basta observar cuál era el sentimiento general entonces. Cruzarse se consideraba como una deuda con que cada uno se creía obligado respecto de Jesucristo; las ciudades enviaban batallones enteros; los príncipes hacían dinero tomándolo prestado, ó vendiendo sus dominios; el barón enajenaba sus feudos; el poeta esperaba ganar allí la celeste corona; el monje la palma gloriosa de la perseverancia en la fé. La doncella, el anciano, la religiosa, no se espantaban ante los mil peligros que había que arrostrar en la empresa. Estaban exentos los cruzados de los derechos de peajes; en los contratos de matrimonios se reservaban los nobles la facultad de cruzarse; la mujer podía impedir á su marido encerrarse en un monasterio; pero no tomar la cruz, ni aún cuando dejara hijos en la infancia. El que no sabía cómo libertarse de un enemigo mortal, el que quería obtener la indulgencia de la Iglesia por sus culpas, se apresuraba á cruzarse; ricos y magnates creían ganar en méritos cuando los males que tenían que padecer los ponían al igual con sus más humildes compañeros.

Millares de estos devotos peregrinos habían prestado juramento de no regresar á su patria hasta que hubiesen libertado la Tierra Santa; ahora bien, todo el que faltaba á un voto, no era ya reconocido por la Iglesia como uno de sus hijos; quedaba vil á los ojos de los hombres de honor, al par que el que caía sobre

aquella tierra bendita era honrado como un mártir.

Sostenidos por la caridad pública, los peregrinos cantaban alegremente á la tierra prometida, á la patria del Salvador, á la comarca que había dado cuna á los santos Padres, al teatro de la reconciliación con Dios; y si mil de ellos perecían, los otros bendecían al Señor porque tantos nuevos testigos de su fé habían subido al cielo. Llámese á esto, si se quiere, error, ignorancia, locura; no por eso será menos cierto que un pensamiento de gloria, de porvenir, de santidad, nació del centro de aquellas agitaciones del feudalismo; era el primer fulgor de lo bello y de lo infinito que resplandecía entre los ejércitos y entre los pueblos. En aquella turba que se arrojaba á la muerte para alcanzar el triunfo de lo que creía la buena causa y la verdad, hasta se descubre una preparación de los tiempos y ¡ojalá estén cercanos! en que no se haga la guerra sino con la mira de la paz.

Todo inducía á creer que Constantinopla, la primera amenazada por los ejércitos musulmanes, ayudaría con todas sus fuerzas á la empresa que sin duda se hubiera llevado á cabo; pero al revés, fué necesario mantenerse de continuo en guardia contra la amistad desleal ó contra la hostilidad insidiosa de los griegos. A lo ménos la justicia de las cruzadas estaba en conformidad con las ideas del tiempo. Se consideraba á los musulmanes como á otros tantos enemigos de la fé, ocupados en extirparla en todos los lugares con las armas, con los suplicios, con las doctrinas, desde las orillas del Ebro hasta las del Éufrates, y los cristianos se creían obligados á socorrer á sus hermanos, y á reprimir la tiranía del islamismo; como amigos del imperio de Oriente, debían ayudarle á recuperar sus provincias perdidas; como herederos de los derechos y de los agravios de sus padres, tenían que pedir cuenta de los padecimientos á que se les había sujetado, y que reconquistar las tierras que les habían sido usurpadas.

Los príncipes y los papas, que guiaban ó aconsejaban á las masas, conocían las nuevas amenazas de los árabes que habían ocupado la España, asaltando hasta la capital del cristianismo, infestando la mitad de Italia, penetrado

en Francia, y sabían que toda guerra hecha con detrimento de los cristianos, era santa á los ojos de los sarracenos. No diremos que haya justicia en salvar al mundo de la barbarie, en defender la religión, el pudor de las mujeres, su libertad propia ó la ajena; estos son sentimientos, y en este siglo de cálculo mueven á mofa; pero ¿no tiene toda sociedad el derecho de defender su propia existencia? Y si se encomia á Escipión, que va á herir en el corazón á la rival de Roma, ¿por qué no se ha de alabar también á los príncipes *ignorantes*, y á los papas *fanáticos* de la edad media que enviaron tropas á combatir á orillas del Jordán y del Nilo, por una querrela que de otro modo se hubiera decidido, sin duda alguna, junto al Danubio ó el Sena?

Nuestra época comprende mal el entusiasmo, desde que se ha acostumbrado al extraño espectáculo de ver la Europa armarse para sostener el imperio musulmán, que ya no tiene comercio, industria ni agricultura, ni moral, ni religión, y que no conserva un residuo de vida sino porque las potencias vecinas no están acordes sobre el modo de repartírselo. Nuestros tiempos son de seguro mucho más ilustrados; pero concedamos también á aquellos su parte de razón, y veremos que su modo de proceder era aconsejado tanto por la política de los gabinetes, como por la convicción entusiasta de los pueblos, que en su necesidad de esparciar una superabundancia de fuerza, de sentimiento, de actividad, como en la persuasión de rendir homenaje á Dios quitando la vida á sus enemigos, se arrojaban sin orden sobre ellos, sin prevision, confiando en el Dios que sustentó á Israel en el desierto. De aquí su facilidad en ver por todas partes prodigios y hechos sobrenaturales; de aquí aquellas revelaciones y aquellas frecuentes apariciones divinas que recuerdan involuntariamente las narraciones de Plutarco y de Tito Livio, y aquella intrépida seguridad de alcanzar la palma de los mártires, que hacía arrostrar el hambre, el hierro, la fatiga y la miseria, cantando himnos al Señor, y sin otro pesar que el de no poder espirar con los ojos fijos sobre la Tierra Santa. Por eso las costumbres y los sentimientos nos parecen más dignos de estudiar que los hechos en aquel triunfo de la re-

ligion, en aquella gran aventura del feudalismo que hizo la gloria popular con ella.

Cuando una nación ó muchas naciones reunidas proceden así por convicción, y con un objeto moral, elevado, es imposible que no resulten de ello para la humanidad grandes ventajas: ahora bien, la primera que se consiguió entonces fué la paz ó las largas treguas que las cruzadas proporcionaron á la Europa. En un tiempo en que el derecho de la espada empujaba á los barones unos contra otros, en que no había un apartado rincón de tierra que no estuviera bañado de sangre, fué proclamada la tregua de Dios, y desde Francia se propagó á Alemania; pero en vez de proteger sólo á los eclesiásticos como antes, en ciertos días y en ciertos lugares, comprendió á la sazón á reinos enteros y por largos años. Mil veces se interpusieron los papas, ordenando que las armas empuñadas contra los hermanos se volvieran contra los enemigos comunes. Protegieron con indulgencias y con excomuniones los dominios y las personas de los que eran considerados como consagrados desde el momento en que habían tomado la cruz. Juan de Courcy no pudo obtener de Juan de Lascy su libertad en Irlanda, sino comprometiéndose por juramento á pasar á Palestina y á no volver nunca. Los normandos y otros septentrionales que infestaban las costas, y que hubieran destruido ó estorbado la civilización en las riberas del Báltico y del mar Germánico, fueron á soltar la rienda de su ardor belicoso á las playas del Asia.

Todavía se hacía conocer mejor la ventaja de aquellas expediciones en el estrecho círculo de las sociedades particulares. Respiraba el campesino mientras que batallaba el barón en Tierra Santa, y no tenía ni pretendía derechos sobre su hacienda, sobre su honor, sobre su vida. Hombres de asesinato y de rapiña cesaban de hacer la guerra á los viajeros y á las aldeas, para llevar á Palestina su actividad sanguinaria.

En tiempos en que por una parte se predicaba una moral pura, vigorosa, sin transacciones, y en que por otra no corregidas las inclinaciones por ciertos miramientos, por la costumbre, por la educación, y fomentadas por deplorables ejemplos, impulsaban á actos fero-

ces, se conocía el pecado al mismo tiempo de cometerlo, y de repente nacia la necesidad de expiarlo delante de la justicia divina. En su consecuencia, almas desgarradas por el remordimiento, personas deshonradas, y celosas no obstante, de la estimación y de la honra, iban á pelear al otro lado del mar, para volver en paz consigo propias y con las demas.

Habiendo dado muerte dos caballeros á Conrado, obispo de Wurtzburgo, y hecho su cadáver pedazos, se confesaron de esta culpa en su arrepentimiento. Se les intimó que fueran á presentarse al papa vestidos solamente con calzoncillos, con una sogá al cuello, delante de la muchedumbre. El pontífice les impuso por penitencia no volver ya á hacer uso de sus armas más que contra los musulmanes; no gastar veros, armiños ni tela de colores; no asistir á espectáculos públicos de ninguna clase, no volverse á casar si quedaban viudos, trasladarse lo más pronto posible á Tierra Santa para hacer allí por espacio de cuatro años la guerra á los sarracenos, emprendiendo el viaje con los piés descalzos y vestidos de lana; ayunar á pan y agua los miércoles y los viernes, las cuatro témporas y vigiliás y tres cuarentas; no probar carne más que por Pascua de Resurrección, por Pentecostés y por Navidad; rezar todos los días cien *Padres nuestros*, y hacer otras tantas genuflexiones, y no recibir la Eucaristía más que en el artículo de la muerte. Si alguna vez podían entrar en una ciudad de Alemania, deberian dirigirse, llevando calzoncillos por túnica vestimenta, á la iglesia principal, con la sogá al cuello y disciplinas en la mano, para hacer que les azotaran los canónigos despues de haberles manifestado la causa.

Lumbertó cortó la lengua al obispo de Caithness, en Escocia; habiéndose dirigido luego á Roma para alcanzar su perdón, el papa se le concedió á condición de que volviera cuanto antes á su país, y se presentara allí, durante quince días, vestido sólo con unos calzoncillos, con una túnica corta de lana sin mangas, y la lengua atada con un bramante, de modo que saliera de la boca. Exigió que en este estado se presentara con disciplinas en la mano á la puerta de la iglesia y se hiciera azotar, y no quebrantara el ayuno más que por la noche con

pan y agua; finalmente, le intimó que fuera á servir tres años á Tierra Santa, no blandir ya las armas contra los cristianos, y ayunar todos los viernes durante once años.

Siendo Roberto esclavo de los sarracenos con su mujer y una hija, se dejó inducir, durante una época de hambre, por mandato del califa, á comerse esta última y á hacerla cocer también con su madre, de la que á pesar de todo no se atrevió á alimentarse. Cuando recuperó su libertad le intimó el papa no comer más carne en toda su vida, ayunar con frecuencia á pan y agua, ir descalzo con una túnica de lana muy corta y el bordon, demandando limosna y no recibiendo más que lo necesario para el día, sin dormir en un mismo lugar dos noches consecutivas; pasar tres años en peregrinación prosternándose fuera de las iglesias, para aguardar allí la disciplina; no volver á contraer matrimonio, no tomar parte en ninguna clase de juego, rezar cien *Padres nuestros* con otras tantas genuflexiones, y pasados tres años volver á presentarse al papa.

Así como los grandes pecadores iban á expiar sus culpas á Palestina, los amantes engañados, las almas ulceradas por decepciones iban á buscar la paz á aquella tierra; de aquí tantas historias tiernas como matizan este fondo guerrero.

Un boloñés se había enamorado de una religiosa, llamada Lucía, del convento de Santa Catalina, en su ciudad natal; y todos los días iba á verla á la tribuna, desde la cual oía misa.

Apercibióse de ello la piadosa reclusa, y conociendo que era deber suyo «apartar los ojos para no ver la vanidad,» no se presentó jamás en la iglesia sino detrás de una celosía. Desconsolado el amante jura consagrarse á Dios como aquella á quien adora, y se dirige á Palestina, donde arriesga su vida en los combates. Hecho prisionero y condenado á horribles tormentos por los infieles, que querian obligarle á renegar de su fé, exclama: *¡Virgen santa: piadosa Lucía; si aún vives, sosten con tus oraciones al que tanto te ama! ¡Si ya estás en el cielo, haz que el Señor me sea propicio!*

No bien había pronunciado estas palabras, cuando quedó sumergido en profundo sueño; al despertar se halla cargado de cadenas, aunque

en su patria y cerca del monasterio del objeto de su amor.

Ella misma permanecía en pié á su lado, radiante de esplendor y de hermosura: *¿Vives aún, ¡oh! Lucía?* exclamó él.—*Si, vivo*, respondió ella; *pero en la verdadera vida. Vé y deposita tus hierros sobre mi sepulcro y da gracias al Señor.*

La casta doncella había muerto el mismo día en que él salió de Europa.

Federico Barbaroja, cuando todavía era mozo, se enamoró de Gela, hija de uno de sus vasallos; correspondió ella á este amor inocente; pero no creyéndose digna de casarse con un príncipe, le decidió á que se cruzara. En el momento de su despedida exclamó Federico: *¡Nuestro amor es eterno!*—*Eterno, si*, repuso ella, dejando caer la cabeza sobre el hombro de su amante. Parte, triunfa, vuelve; su padre ya no existía, y se encuentra duque. Vuela á la casa de Gela; pero no halla allí más que un billete en que lee estas palabras: *Tú eres duque, y debes elegir una esposa. La felicidad de haber sido tuya por espacio de un año me deja un recuerdo que me basta para todo el resto de mi vida: nuestro amor es eterno.* Había ella tomado el velo, y Federico puso en el bosque, donde se había despedido de Gela, la primera piedra de la ciudad de Gelarhausen.

Contábase en Florencia que Pazzino de los Pazzi había subido antes que otro alguno á las murallas de Jerusalem, y que en recompensa le había regalado Godofredo algunas piedrecillas del Santo Sepulcro, de que se había valido, al retornó á su patria, para encender el fuego bendito. Su familia había conservado desde entonces el privilegio de renovar el fuego el día de Sábado Santo. El cirio destinado á este uso recorría las calles dentro de un carro, que poco á poco se fué enriqueciendo y llenando de adornos; todavía se le paéa hoy por la ciudad, hasta el momento en que con él se prenden los fuegos artificiales preparados en la plaza de los Pazzi. Se enseña en Brescia el estandarte (cruz de oriflamo) que el obispo de esta ciudad, Alberto, plantó en 1221 sobre los muros de Damietta, subiendo á ellos al frente de mil quinientos brescianos, hazaña que le valió ser patriarca de Antioquia. En 1160, un sacerdote llevó desde Levante á Bolonia la efígie de Ma-

ría, pintada por San Lucas, y la depositó sobre la colina de la Guardia, en la ermita de la piadosa Angela, donde se hizo célebre por los milagros que operaba.

Con tal mezcla de sentimientos sagrados y profanos, con la corrupción natural del hombre, que hace degenerar las cosas más santas; con aquella disposición enteramente particular á la edad media de llevar los principios hasta el extremo; con el desorden que acompañaba á las mejores instituciones, no debe causar extrañeza si sobrevinieron tantos desastres en las cruzadas. Arrancados de los negocios los reyes y los príncipes, dejaron llenos de padecimientos sus estados para adquirir otros nuevos á gran distancia; nuevas cargas pesaron sobre los pueblos, y la política, tomando por pretexto la religión, dió curso á sus intrigas. El contacto con los orientales propagó entre los europeos la lepra, el fuego sagrado, y quizá también las viruelas. En la época de la toma de Constantinopla perecieron muchas obras maestras del arte, como la Pallas de Scyllis y de Dipneo, escultores anteriores á Ciro; el Júpiter Olímpico de Fidias; la Vénus de Gnido, de Praxiteles; la Ocasión y una Juno de Lisippo.

Muchos nuevos errores se establecieron ó se propagaron en la época de las cruzadas, como la afición á la astrología y á la alquimia, la creencia en la magia, fomentada por tantos cuentos orientales como se divulgaron entre el pueblo y en las cortes.

Se abusó de la credulidad para inventar reliquias, en atención á que eran un testimonio de correrías aventureras, y en breve vinieron á ser objeto de un comercio profano. Se tenía á vanidad poseerlas, contando entre ellas algunas de las más preciosas, de que se pudiera hacer alarde á la vuelta de la expedición. Pronto hubo una infinidad de clavos, una porción de pedazos de la verdadera cruz, de vestidos de la Virgen, de túnicas de Nuestro Señor, restos de los patriarcas. Cuando Saladino enviaba la verdadera cruz en regalo al emperador griego, un pisano halló medio de arrebatársela, y cruzando los mares á pié enjuto, se la llevó á su patria. Lo propio se contaba de un genovés que había hallado la misma cruz de Santa Elena á bordo de un buque de los venecianos, y la había robado para enriquecer con ella la ciudad

que le había dado cuna. Algunos monjes trajeron de Jerusalem al monte Casino un pedazo de la servilleta con que Jesucristo secó los pies á los apóstoles; pero viendo que se creía poco en aquella reliquia, la metieron dentro de un incensario, y al instante se volvió de color de fuego; cuando la sacaron de allí se encontró intacta y engastada en oro, plata y piedras preciosas. En Sens se veneraba un fragmento de la varilla de Moisés; en el Anjou una sandalia de Jesucristo; en San Juan de Angeli la cabeza del Precursor. Nada decimos de Roma, donde los cuentos de los sacristanes nos trasladan todavía mentalmente á la época de las cruzadas y á los prodigios coleccionados en los libros de los Siete Viajes. Con efecto, cada reliquia debía tener una leyenda que se recitaba á coro, y si no la tenía se fabricaba. Sería prolijo apuntar las revelaciones que hicieron descubrir algunos pedazos del arca de Noé, algunos pelos de la barba de Aaron, leche de la Virgen María, y los milagros que atestiguan la autenticidad de aquellas preciosas reliquias.

La impunidad concedida á los cruzados facilitó los desafueros; y esta mezcla de gentes de todos los países fomentó la licencia. Añójanse de una manera notable los vínculos de la familia en una época en que San Bernardo podía vanagloriarse de haber llenado la Europa de viudas, cuyos maridos aún estaban vivos; aumentóse la corrupción, y con ella las infecciones venéreas. Hallaron los monjes en estas peregrinaciones un pretexto para sustraerse á la disciplina; las religiosas abandonaban sus piadosos retiros para arrostrar los peligros de un mundo que no debían ya conocer.

Acudía á estas expediciones un inmenso tropel de pobres petates; y era tal su número en el asedio de Antioquía, que se les regimientó bajo las órdenes de un rey de los pobres. Y los caballeros sin hacienda, los pobres de Cristo tenían al parecer pretensiones tanto más altas cuanto mayor era la miseria. Semejante turba no podía pensar más que en el botín, ni ser buena para otra cosa que para el saqueo; así tal ciudad no fué atacada con preferencia á tal otra sino porque encerraba más riquezas y más hermosas mujeres.

Al lado de estos miserables desplegaban los

ricos el más ostentoso lujo, y se divertían en la caza, en las carreras, en los juegos de azar. Hasta tal punto llegaron las cosas, que el papa y los concilios procuraron ponerle freno por medio de reiteradas leyes suntuarias.

Por otra parte, al mezclarse tan diferentes pueblos, se comunicaban sus malas cualidades; la perfidia de los griegos, la orgullosa vanidad de los franceses, la codicia de los italianos, la fastuosa molición de los asiáticos, la violencia desleal de los africanos. Las costumbres de Oriente excitaron á una deplorable imitación á los príncipes europeos, quienes poco contentos con formar serrallos de mujeres, quisieron tener asesinos á su disposición como el Viejo de la Montaña; lo cual provocó más de una vez la indignación de los concilios.

Sin embargo, ningún ejército se preocupó jamás tanto de la idea moral como el de los cruzados; nunca se repararon con tantas fundaciones piadosas las tristes consecuencias de la guerra. Todos apreciaban la virtud, ambicionaban la santidad y empleaban toda clase de esfuerzos por hacerse mejores. Un remordimiento, que tenía mucho de virtud, germinaba en las almas, y las gentes enriquecidas por la violencia ó por las extorsiones, se apresuraban á restituir lo mal adquirido. Ora en las donaciones, ora en los testamentos, nadie se olvidaba de los hospicios, de los peregrinos, de los enfermos, de los niños expósitos. El señor de Joinville reunió á todos sus vasallos y á sus vecinos, á quienes ofreció la reparación de todos los desmanes que pudiera haberles causado. El conde de la Marca, célebre por sus usurpaciones y por su arrogancia, ordenó que se restituyeran todos los bienes que había usurpado, al tenor de su testamento.

Si la ambición guió á menudo á los jefes, los pueblos eran conducidos por un sentimiento religioso bien ó mal interpretado, pero que no calculaba y se entregaba plenamente al entusiasmo. Entre los caballeros se ve reinar una humildad y una abnegación admirables en medio del orgullo de la época, y lo mismo entre los guerreros avarientos de hazañas y de gloria. A la virtud divina, más bien que su propio valor, atribuyen el mérito de los triunfos alcanzados; su brazo se debilita mientras confían en sus propias juerzas, al par que se robustece

con vigor invencible cuando sólo Dios los dirige. El gran maestre de los hospitalarios se titulaba guardian de los pobres de Cristo, y sus caballeros llamaban á los enfermos *nosseñores*. El gran maestre de la orden de San Lázaro debía haber sido leproso. Godofredo no quiso ceñirse la corona real donde Cristo la había llevado de espinas, y cuando los enviados de Samaria se asombraron de verle sentado en el suelo, respondió que bien podía tenderse sobre el polvo que le había de cubrir después de su muerte. Tancredo hizo prometer á su escudero que no revelara á nadie una bella acción de que él sólo había sido testigo.

Al proclamar Celestino IV la cruzada, señalaba la humildad como la única senda del triunfo. Después de la toma de Constantinopla, piden los cruzados al pontífice perdón de su victoria; un historiador cuenta las hazañas llevadas á feliz remate en el Oriente bajo el título de *Gesta Dei per francos*. A mayor abundamiento poseemos dos cartas del soberbio Ricardo, Corazón de León, al arzobispo de Rouen y al abad de Clairvaux, en que les da cuenta de sus victorias sobre Saladino, sin hacer la menor alusión á su propia valentía, y sin hablarles siquiera de su persona más que para decir que fué herido de una flecha. Escandalizóse la cristiandad del orgullo que demostró en aquella expedición Felipe II, y de esto resultó que los mismos fieles abandonaron su servicio. Este carácter bastaría por sí solo para distinguir de los Aquiles y de los Ajax á los héroes de la época moderna.

Cuando la diversidad de raza y de gerarquía establecían aún en Europa una inmensa distancia de hombre á hombre, se ve á los soldados de la cruz inspirados por un sentimiento de fraternidad, y los predicadores de la guerra santa adoptaban por tema favorito el origen y el fin común á todos. Al partir prometían los príncipes cuidar solícitamente á los que llevaban bajo su mando. El obispo Adhemar repetía: *Todos somos hermanos, hijos de Dios; un afecto recíproco nos une en el vínculo espiritual*. Ricardo se arroja en medio del peligro: *Sería indigno del título de rey si no supiera menospreciar la muerte para defender á los que me han seguido á los riesgos de la guerra*. Luis IX rehusa embarcarse en el Nilo, si los suyos de-